

Ercalhai en presencia de su consejo y de los prelados mas sabios. Fueron todas sus respuestas conformes á esta relacion. Añadieron que el sultan de Mosul, distante de su patria solo dos jornadas de camino, era hijo de un cristiano; que amaba á estos con sinceridad, aunque él no lo era aun; que observaba sus fiestas, y no seguia en cosa alguna la ley de Mahoma; que estaba dispuesto á abrazar el cristianismo á la primera ocasion favorable. Por último, advirtieron al santo Rey, que los tártaros se proponian sitiar en el verano próximo al califa en Bagdad, y le suplicaron que acometiese al Egipto, con intento de que este gefe de la religion musulmana no pudiera sacar de allí socorro alguno.

Dióles Luis tres frailes predicadores para que los acompañaran en su vuelta, y partieron juntos el 27 de Enero de este año de 1249, con cartas y presentes, tanto para Ercalhai, como para el Gran Kan de los tártaros. Emplearon un año para llegar al sitio donde residia el Kan, desde Antioquia donde tomaron tierra. Habia muerto Caiouc en este intervalo. Su sucesor Mangou, cuya eleccion vieron aun los frailes predicadores, los recibió con honor, y dió muestras de amar mucho á los cristianos. San Luis, siguiendo esta relacion, escribió al Papa que muchos tártaros habian recibido el bautismo, y que estos numerosos pueblos solo esperaban apóstoles caritativos que les dieran la mano para salir de las tinieblas de la infidelidad (1). Hizo partir algunos

(1) *Ap. Rain. 1235. n. 49.*

años despues tambien para la Tartaria á un fraile menor, llamado Guillermo de Rubruquis, cuya relacion nada añade que sea interesante á las precedentes. No se advierte que los votos y solicitudes del santo Rey tuvieran grandes consecuencias.

20. No obstante, gozoso de que su designio sobre el Egipto se concordara con el de los tártaros, partió de Chipre el dia de la Ascension, 13 de Mayo, y llegó en el 4 de Junio á vista de Damietta. Apenas llegó á descubrir la ciudad (1); „amigos míos, dijo á los señores que le acompañaban, este es el primer momento de señalar nuestra fe y valor. Nada temamos: todo suceso nos será ventajoso. Si morimos, somos mártires; si alcanzamos victoria, el nombre francés y el nombre cristiano, y el Dios que adoramos será ensalzado. No tengais consideracion alguna á mi persona: yo no soy mas que un hombre cuya vida estinguirá el Señor con un soplo, cuando fuere su voluntad, lo mismo que la de otro cualquiera. La multitud sola es la que forma el imperio y la iglesia; pero estad ciertos que el que dispone de todo, no me ha conducido en vano hasta aquí.” Luis se hallaba entonces en la edad de treinta y cinco años; tenia los cabellos rubios, la barba rasa segun el estilo del tiempo, el aspecto naturalmente dulce y agradable, pero terrible cuando estaba armado, y de un talle tan ventajoso, que toda su cabeza se levantaba al parecer sobre las filas. Se arrojó á la mar con sable en ma-

(1) *Matt. Par. additam. pag. 1090.*

no, seguido de los Príncipes, de los caballeros y de todos los soldados, los que se precipitaron á competencia sobre sus huellas, llegándoles el agua hasta los hombros. Despues de haber los infieles aventurado sus tiros, buscaron la seguridad en la fuga. Saltan á tierra los cristianos, enarbolan el estandarte azul sobre la ribera, y todo el ejército prorumpe en gritos de alegría y de triunfo. Abandonaron los enemigos la ciudad en la noche siguiente, y para colmo de felicidad el conde de Potiers, que el Rey su hermano habia dejado por algun tiempo en Francia, llegó á esta sazón con nuevas tropas.

Hicieron alguna mansion en Damietta, no tanto para descansar, como por dejar pasar las inundaciones del Nilo. Luis siguiendo el consejo de algunos señores y particularmente del conde de Artois, Príncipe jóven, tan impetuoso como irreprochable en sus costumbres, el cual exclamó: *el que quiera matar la serpiente, la debe quebrantar la cabeza*, se determinaron al ataque del gran Cairo, capital de todo el Egipto. Para esto partieron el 20 de Noviembre con los ejércitos de mar y tierra en número de sesenta mil hombres. Supieron en el camino la muerte del sultan Melic-Salem, mas dejaba gefes hábiles y llenos de valor para dirigir la guerra, en tanto que volvía de la Siria Moadan, su hijo y sucesor. Facardin, general en gefe, y seguido de tropas ejercitadas por espacio de ciento y cincuenta años contra los ejércitos cristianos, se puso á costear á

los franceses, de los cuales solo estaba separado por el brazo del Nilo, á quien llamaban el rio Tannis. Habia en el camino que conduce de Damietta al Cairo una ciudad que tenia por nombre, desde entonces tan funesto, Massoura, y estaba situada al otro lado de este rio ó canal. Los franceses, habiendo llegado á aquel puesto algunos dias antes de Navidad, trabajaron hasta el 8 de Febrero con poco efecto, en hacer un puente para pasarle. En fin, guiados de un árabe beduino, hallaron un vado, fueron á sorprender á Facardin en su mismo campo, le mataron mucha gente, y él quedó tambien en el número de los muertos.

21. Escitado el conde de Artois de su impetuosidad ordinaria, quiso apoderarse al punto de Massoura, cuyas puertas veía abiertas. El maestre del Temple que el Rey habia colocado en la vanguardia con encargo de moderar el ardor del conde, hizo presente su recelo de que no fuese este un lazo tendido á un puñado de gentes, que en breve se verian agoviados por la multitud. Roberto solo contestó con repulsas injuriosas, y voló al alcance de los fugitivos. Temieron los caballeros acreditarse de cobardes: franceses y sarracenos todos entraron atropelladamente en la plaza. Mas advirtiendo los infieles el pequeño número de cristianos, y viéndose auxiliados de los habitantes que de lo alto de las casas cargaban de flechas al enemigo, hicieron la mas valerosa resistencia. Benocardo, gefe no menos hábil que Facardin, á quien habia sucedido,

y que se elevó más adelante á la dignidad de sultán, envió un grueso cuerpo de tropas al encuentro del Rey para impedirle que socorriera al conde su hermano. Cercó con el resto de sus fuerzas al infeliz conde, quien despues de haber hecho prodigios de valor, cayó sobre un monton de infieles, del cual se habia hecho como una especie de barrera. El conde de Sarisberi, el conde de Couci, mas de trescientos caballeros de su comitiva, y doscientos del Temple ó del Hospital murieron en este lance. Tan caras vendieron sus vidas, que su pérdida, á ser reparable, fuera una victoria.

Mas los mismos triunfos aniquilaban á los cruzados. Ellos disiparon el cuerpo de tropas opuesto al Rey, que se señaló personalmente con unos golpes de fuerza y de valor casi increíbles. Abatió por sí solo á sus pies á seis sarracenos determinados que se habian concertado para prenderle. La noche separó los combatientes, é hizo abandonar el campo de batalla á los franceses, ó mejor diremos el teatro horrible de la muerte y de la carnicería. Al dia siguiente, nuevo ataque: nuevos prodigios de valor: igual constancia y triunfo de parte de los franceses: esto es, que cubriéndose de gloria, destruían su egército. La dificultad de procurarse víveres en un pais ocupado por un gran rio y por una multitud innumerable de canales, en medio de una inmensidad de enemigos: los nuevos esfuerzos de estos, animados con la llegada del sultán Moadan: la infeccion de los cadáveres que cegaban los

canales y se acinaban en varias partes de una á otra orilla; y las enfermedades pestilenciales que se originaron, redujeron en breve el egército cristiano al estado mas deplorable. Vinieron á las negociaciones, cuya lentitud dió márgen á que el contagio arruinara el egército; y por fin, tomaron la resolucion de volver á Damietta.

22. Los infieles los cargaron en su marcha en 5 de Abril con todas sus fuerzas reunidas, y no dejaron de experimentar una gran resistencia, no obstante el pequeño número de franceses que estaban en estado de pelear. El Rey que se hallaba enfermo, y tan débil que apenas podia dar las órdenes, permitió renovar la negociacion; pero la mala inteligencia de un heraldo hizo tomar su proposicion por una orden de bajar las armas. Vióse en un punto cercado de bárbaros que se apoderaron de su persona, y de sus dos hermanos los condes de Potiers y de Anjou. Se salvó el legado por el Nilo en Damietta, adonde llevó estas tristes nuevas á la Reina. El Rey fue conducido y encerrado en Massoura, donde sin embargo el sultán que supo el apuro á que se hallaba reducido por la fiebre y la disenteria, le envió medicinas que le curaron en cuatro dias. Por su parte los sarracenos le llevaron como un presente el mas agradable su breviario y su misal, que cogieron con el resto del botin. Durante su detencion no dejó de rezar el oficio cada dia á las horas ordinarias, y satisfacer á todos los deberes de la Religion en presencia de los infieles, á

quienes confundia en su impiedad. Admiraron sus virtudes, su grandeza de alma, su paciencia en sufrir las incomodidades de una prision rigurosa, que duró un mes entero, y su igualdad de ánimo, no menos que su firmeza en rechazar las proposiciones que no juzgaba razonables. Nosotros, le decian, te tenemos cautivo; y tú nos tratas como si nos hallásemos en tus cadenas. Los emires mirándose unos á otros decian que era el cristiano mas orgulloso de cuantos jamás habian visto.

Habiéndole hecho pedir el sultan con amenazas la entrega, no solo de Damietta, sino tambien de todas las plazas que aun tenian los cristianos en Palestina, consintió por lo tocante á Damietta, respecto á que no estaba en disposicion de defenderse: mas en cuanto á las plazas de la tierra santa, respondió que no le pertenecian, y que este artículo no tenia relacion alguna con él. Le amenazaron con los bernículos; esto es, con magullarle todos los huesos entre dos tablas. Replicó con serenidad que él era su prisionero, y que podian hacer de su persona lo que gustasen. Viéndole inaccesible al temor, le hizo pedir el sultan, tanto por razon del rescato como por los gastos de la guerra, la restitucion de Damietta, y un millon de besantes de oro, equivalente entonces á la suma de quinientas mil libras moneda de Francia, y que valdrian en el dia mas de siete millones. Concedo gustoso, respondió, las quinientas mil libras por mis vasallos; pero es cosa indigna de mi persona ser puesto en

libertad á precio de dinero; daré por ella la ciudad de Damietta. A esta respuesta exclamó el sultan lleno de admiracion: por mi ley, el francés es tan grande en las cadenas como con las armas en la mano. Le perdono cien mil libras; no pagará mas que cuatrocientas mil. El tratado fue concluido bajo de estas condiciones, y con obligacion además de entregar los prisioneros hechos en Egipto desde la llegada de los franceses, y en el reino de Jerusalem desde la tregua con el Emperador Federico. Pero el sultan debia igualmente dar libertad á todos los cristianos cogidos desde esta época con Luis y todos los fieles hechos prisioneros desde la llegada á Egipto. Se les conservaron además todos los muebles que habian dejado en Damietta, y dieron seguridad y libertad así á los enfermos como á los que quedasen para sus negocios. Fuera de esto, los cristianos de Palestina conservaron todas las posesiones que tenian al arribo de Luis.

23. El sultan marchó luego á Damietta para tomar posesion de esta ciudad; pero en el camino fue asesinado por sus emires descontentos de que no hubiese tomado sus consejos para este tratado. En él acabó la familia del gran Saladino que reinó por espacio de ochenta y dos años. Entonces comenzó la dinastía de los mamelucos, esclavos turcos comprados á los tártaros y colocados en los empleos militares por los sultanes, que se figuraban que estos hombres sin abuelos y sin patria serian únicamente adictos á su Soberano. El general Bon-

dozdar estaba á su frente: mas Azeddin fue el primero de sus sultanes. Es imponderable lo que el santo Rey tuvo que sufrir de su brutalidad, y mil veces se vió en peligro de ser su víctima. Uno de los emires humeando todavía las manos y la espada de la sangre de su Soberano, le emprendió y le dijo: ¿qué me darás por haber muerto á tu enemigo que te habria hecho morir si hubiese vivido? Luis volvió la cabeza con indignacion sin responderle palabra. Este furioso, levantando el hierro, y pronto á descargar el golpe; hazme caballero, le dijo, si no te mato. El Rey respondió sin inmutarse, que jamás haria caballero á un infiel. Esta firmeza de alma desarmó á toda aquella gente destinada; bajaron los ojos y la cabeza, y con los brazos cruzados encima del pecho, saludaron al Rey á su modo, y le dijeron con respeto: nada temais, Señor, estais seguro (1). Llegaron hasta tratar de hacerle sultan, y habria tenido efecto la resolucion, á no haberse opuesto á ella los mas políticos entre ellos, porque pensaron que todo debia temerse contra su religion de un Príncipe tan piadoso como Luis.

24. Se suscitó sin embargo un debate muy vivo sobre la forma de juramento que habia de emplearse en la confirmacion del tratado. Aquellos infieles, despues de haber hecho entre sí sus imprecaçiones ordinarias en caso de que contraviniesen, exigian que el santo Rey jurase en los mismos tér-

(1) *Joinv. Ducang. pag. 73.*

minos tan poco conformes á la verdadera Religion. Dios no permita, exclamó, que palabras tan execrables salgan jamás de mi boca. A las amenazas mas terribles que pudieron hacerle, no respondió otra cosa, sino que harian de su cuerpo lo que les pareciese, pero que nada podrian sobre su alma que pertenecia á Dios. Joinville, no obstante, añade, que ignora si el juramento se hizo segun lo exigian los emires. Los prelados mas ilustrados habian asegurado al Rey, que teniendo intencion de cumplir sus promesas, podia sin escrúpulo enunciarlas en los términos que deseaban. Cuando se trató de entregar á los infieles el dinero que se les habia prometido, se equivocaron en diez mil libras. Algunos señores participaron al Rey este error como una cosa digna de aplaudirse, ó á lo menos como un objeto de burla. Él la tomó de un modo bien diferente, y quiso que se les llevase aquella cantidad.

25. No fueron ellos ni con mucho tan fieles á sus propios empeños. En Damietta degollaron á todos los enfermos cristianos, quemaron ó robaron todos sus efectos, tan solo volvieron cuatrocientos prisioneros de mas de doce mil, se esforzaron con el puñal en la mano por hacer apóstatas á muchos, y martirizaron á una multitud. La mala fe de estos infieles fue causa de que no volviese Luis á Francia tan pronto como llevaba resuelto. A fin de redimir á lo menos á los cautivos que pudiera, y de preservar las cosas de la tierra santa de una com-

pletamente ruina; se contentó con enviar sus dos hermanos para consuelo de la Reina madre y del reino, y se dirigió á Ptolemaida. Enviaronle entonces los musulmanes de Egipto muchos prisioneros nuevos. Un número mucho mayor fue rescatado con su bolsillo, y hasta seiscientos ó setecientos de una vez. No gozaba de reposo en tanto que no lograba sacar de Egipto todos los cautivos hechos en el espacio de veinte años (1). En Palestina reparó á sus espensas y puso en estado de defensa todas las plazas que restaban á los cristianos en esta provincia; y eran, Ptolemaida, el castillo de Hiffe, Cesaréa, Joppe y Sidon. Mas antes que esta última ciudad se hallara á cubierto de los insultos, los sarracenos vecinos acometieron á los fieles, y mataron cerca de tres mil, quienes permanecieron tres ó cuatro dias sin sepultura. Acudió allá al santo Monarca para honrarlos como á mártires, y cuasi mostró tener envidia de su suerte. Trabajó por sí mismo en reunir estos cuerpos, y meterlos dentro de unos sacos para transportarlos. Durante el espacio de cinco dias que fue preciso emplear en un trabajo tan fatigoso, no dió la menor señal de disgusto; parecia insensible al hedor que los mozos y aun los pobres, atraidos á fuerza de dinero, soportaban con extrema repugnancia.

26. Recibió en Ptolemaida embajadores del Príncipe de los bathenienses ó asesinos establecidos en las montañas de los confines de Persia, y llamado

(1) *Joinv. pag. 88. = Duc. pag. 404.*

vulgarmente el viejo de la montaña (1). Apenas hubo llegado á sus oídos en el año de 1236 que el santo Rey se habia cruzado, cuando este déspota absoluto, terror de todas las testas coronadas, á quienes hacia temblar en sus propios tronos, envió á Francia dos de sus ciegos emisarios, á fin de coserle á puñaladas en medio de su corte. Mejor avisado despues de los recursos del reino y de las grandes qualidades del Monarca, despachó dos nuevos esclavos para advertirle se precaviera de los prisioneros (2). Los que llegaron á Ptolemaida, principiaron preguntando con altivez á Luis, si conocia á su Soberano. Tengo alguna especie, dijo con aire de indiferencia, de haber oido hablar de él. No sabemos porque, replicaron, no le habeis enviado aun presentes, á egemplo del Emperador de Alemania y de todos los Soberanos, cuya vida está en su poder; y él os advierte que no lo dilateis por mas tiempo. Volvió el Rey las espaldas á estos ministros desvergonzados, y les mandó decir, que á no ser por los respetos que exigia su carácter de embajadores, serian arrojados al mar; que procuraran retirarse cuanto antes, pero dentro de quince dias volvieron ellos mismos á dar satisfaccion en nombre de su Soberano. Postró toda la audacia del viejo de la montaña esta magnanimidad sin egemplo. Antes de concluirse los quince dias, se vió comparecer á sus diputados en ademán de suplicar, y cargados de regalos que él pro-

(1) *Id. pag. 58. = Duch. tom. 5. pag. 332. = Nang. Chron. ann. 1236.* (2) *Laches. lib. 4. num. 20.*